

HUELLAS DEL TRABAJO

El trabajo para D. José María Arizmendiarieta

Arratsaldeon, buenas tardes. Gracias a la Universidad de Navarra por la acogida de este singular acto.

Revisando un famoso diccionario francés “Dictionnaire de Theologie Catholique”, de 15 volúmenes redactado entre 1930 y 1950, dirigido por E. Mangenot, observé que no contenía la voz “trabajo”. Tampoco “laico”, “empresa”, “economía” ni “técnica”. Sí se refería al término “ciencia”: la ciencia sagrada, la ciencia de Dios, la ciencia de los ángeles y de las almas separadas y la ciencia de Cristo. Nada que ver con lo que se entiende hoy por ciencia. El caso es que el director en el prólogo explicaba el valor de la obra diciendo “abarca dentro de un plan uniforme y bajo diferentes aspectos, todas las cuestiones que interesan al teólogo”. En efecto, el trabajo no interesaba por lo general al teólogo, incluso décadas después del inicio por León XIII de la reflexión doctrinal de la Iglesia sobre la cuestión social (1891).

Traigo la cita a este acto, para dar cuenta de la novedad, también de lo trabajoso que fue concebir el trabajo, en el modo técnico y sometido a explotación que trajo la revolución industrial, como hábitat de la presencia de Dios, como lugar de salvación personal y de transformación del orden social. Algo que comparten Jose María Arizmendiarieta y San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Me corresponde en esta mesa hacer memoria, recordar las huellas de D. José María Arizmendiarieta, sacerdote vizcaíno nacido en Barinaga (Markina) en 1915 y fallecido en 1976. Forjado en la espiritualidad del Vitoria, “solo sacerdote, en todo sacerdote y siempre sacerdote” y en la dura experiencia de la guerra civil, donde fue columnista del diario Eguna, su acción con jóvenes de JOC y de Acción Católica en los años 50 en Arrasate, sentó las bases del Grupo Cooperativo de Mondragón, que como todos ustedes saben es referente mundial de un cooperativismo duradero y de escala multinacional que hoy es el primer grupo empresarial en el País Vasco. Además, estando en Pamplona, es preciso mencionar que es uno de los tres principales empleadores de la comunidad foral, junto a Volkswagen y la propia Universidad de Navarra. Como es de sobra conocido la

actividad desarrollada por Arizmendiarieta sentó las bases y alzó los pilares de lo que hoy es el grupo MCC: empresas industriales, cooperativas de educación, de consumo y distribución, de financiación, de servicios, de seguros y de investigación; donde trabajan en la actualidad 74.335 personas, en 260 empresas y entidades, con filiales en 41 países, 15 centros tecnológicos y unos ingresos totales de 12.110 Millones de euros (2015).

Voy a organizar la comunicación sobre tres puntos: acción, pensamiento y actualidad del Venerable Arizmendiarieta.

1.- Acción

Comienzo por la acción. Si algo define el carisma arizmendiano es precisamente la acción. También es característico de San Ignacio de Loyola. Repetía una y mil veces. “La idea o la palabra buena es la que se convierte en acción” (*Pensamientos*, 165)¹. Le hastiaba la palabrería hueca, el discurso moralizante vacío, los lamentos. De hecho, el mérito de su contribución no radica en su aportación intelectual, sino en el enorme dinamismo de encarnación que imprime a su vida sacerdotal. Voy a destacar 3 acciones señeras:

En primer lugar la creación del **centro de Formación Profesional** (1943) que fue la base de la actual Mondragon Unibertsitatea (4.500 alumnos). En una sociedad de escasez en la que se accede al trabajo a los 14 años y los estudios posteriores están limitados para unos pocos privilegiados, planteó hacer real la igualdad de oportunidades y el derecho universal a la educación. Habilitaron una antigua escuela en desuso y recabaron la aportación voluntaria mediante cuotas mensuales de la población que se adhería, así como la colaboración de empresas con una cuota anual proporcional al número de trabajadores. Este pequeño germen genera un movimiento imparable. Crecen las matrículas, se amplían especialidades, la enseñanza se hace mixta, se incrementan grados y cunde en la sociedad mondragonesa la llama de la socialización de la educación. Las penurias económicas no son obstáculo. La enseñanza es gratuita para los que no pueden disponer de medios y, a partir de 17 años, se puede alternar el trabajo con el estudio en jornadas compartidas, de forma que el estudiante se autofinancia su formación.

En segundo lugar, la **empresa cooperativa**. La segunda gran acción transformadora será crear la empresa cooperativa, ULGOR, que luego daría lugar a FAGOR. Jóvenes cristianos formados que habían acreditado

¹ Todas las citas pertenecen al libro *Don José María Arizmendiarieta. Pensamientos* (Ed. Otalora. Azatza, 2013) obra que reúne una selección de pensamientos realizada por José María Ormaetxea. El libro está publicado también en euskera, inglés y coreano.

competencia profesional en la empresa, auténticos líderes sociales, se cuestionaron la estructura de la empresa capitalista y buscaron su transformación mediante la participación de los trabajadores. Las reclamaciones de participación chocaban con la estructura cerrada de la empresa capitalista donde el poder estriba exclusivamente en el capital. “La revolución hoy se llama participación”. La cooperación convoca a una obra colectiva, para “el desarrollo del individuo no contra los demás, sino con los demás”. La cooperación es “unión de personas que han sabido aceptar las limitaciones de la propia voluntad en la medida que requiera el bien común”. Ante esta situación deciden crear una empresa de nuevo cuño -inicialmente como sociedad anónima, luego como cooperativa-: todos los trabajadores serán socios que aporten trabajo y capital; gestión democrática de la empresa (una persona, un voto); papel subordinado del capital al trabajo; solidaridad retributiva interna y compromiso con el desarrollo de la comunidad, etc. Así su propuesta cooperativa disuelve la separación entre trabajador y empresario: “el cooperativista además de trabajador es también empresario”. En esta línea creó asimismo la cooperativa de consumo San José que junto a otras constituiría EROSKI.

Por último, voy a destacar **la intercooperación**. La estructura y el éxito de la primera cooperativa propiciaron el surgimiento de nuevas iniciativas empresariales. Las cooperativas aisladas, soberanas y autónomas, adquirirían mayor consistencia y poder transformador si eran capaces de establecer lazos de cooperación entre ellas. En este marco de inter-cooperación planteó la “reconversión de resultados” (compartir parte de los resultados económicos), “afianzamientos mutuos” (avales cruzados), “reubicación de personal” (aceptar en una cooperativa las personas excedentes de otra), “fondos comunes de obras sociales” (atender juntos a proyectos sociales compartidos). Arizmendiarieta se percató de que todo ese movimiento requería una institución de crédito que garantizase la financiación y soportara al grupo creciente. Ideó, proyectó, trajo los permisos necesarios y acompañó la creación y desarrollo de Caja Laboral Popular, cooperativa de crédito, que con sus dos divisiones: bancaria y empresarial, será uno de los pilares del desarrollo cooperativo. Sin capitales, la fórmula sería caduca. El propio Arizmendiarieta alentó a la población a sacar sus ahorros de la casa y meterlos en Caja Laboral, “Libreta o Maleta”. Poner los ahorros en la caja era la mejor forma de luchar contra la emigración en busca de trabajo. También puso la base de Ikerlan, centro de investigación donde trabajan cerca de 300 personas, hoy en la red de IK4, pues ya previó que el reto de la investigación era determinante para el futuro del proyecto cooperativo.

2.- Pensamiento

Sabía bien de la necesidad que la acción tiene de pensamiento: la transformación “no se hace con los brazos sino primero con las ideas y los planes de acción” (*Pensamientos*, 044). No es posible reducir en este espacio de tiempo su pensamiento.

En primer término, Arizmendiarieta identifica la creencia cristiana precisamente con un **fuerte sentido humanista de dignidad e igualdad**: “creer en el Evangelio es creer en el hombre, en su vocación y dignidad, más que en su cuna y su cultura, o su dinero o su poder” (*Pensamientos*, 152). Tiene una idea de la persona cargada de conciencia sobre la igualdad entre los seres humanos, frente al linaje, la riqueza o el poder como fuente de desigualdad. La “proclamación de los derechos de Jesucristo es la afirmación de los derechos de los desheredados” (*Pensamientos*, 153). Lo repetirá de muchos modos: “la Cooperación es incompatible con cualquier grado de servidumbre humana. Los hombres, como hombres, no pueden ser expuestos a supeditaciones que comprometan sus valores humanos (*Pensamientos*, 478). Se opone a la interpretación paternalista del trabajador que aún dominaba en el magisterio social de la Iglesia. Se identificaba con la nueva visión del sacerdote belga Cardjin y el movimiento de la JOC. No cree en la solidaridad sin igualdad: “la fraternidad y la solidaridad reinan donde hay igualdad: cuando falta esta base son efímeros de ordinario esos sentimientos” (*Pensamientos*, 314).

Las desigualdades económicas que hoy gozan del amparo de los privilegios y el exclusivismo de las oportunidades de cultura y educación son las que condenan a la humanidad a subsistencia de castas cerradas y clases antagónicas, sin perspectivas de solidaridad y hermandad común (*Pensamientos*, 313)

Desde esta concepción igualitaria confía en la capacidad de los trabajadores, “con fórmulas que ofrecen la máxima responsabilidad y la máxima consideración a la dignidad de personas” (*Pensamientos*, 506). Así su propuesta cooperativa disuelve la separación entre trabajador y empresario: “el cooperativista además de trabajador es también empresario” (*Pensamientos*, 492).

Todos propietarios y todos empresarios: todos sin discriminaciones, a las duras y a las maduras, aportando los capitales disponibles y el trabajo preciso (*Pensamientos*, 493).

Fundada en esta visión de la dignidad humana se encuentra su **antropología del trabajo**. Arizmendiarieta tiene una extraordinaria estima del trabajo, que es tanto “un servicio a la comunidad” como “una forma de desarrollarse la persona” (*Pensamientos*, 263). El trabajo es “vía de

autorrealización personal y solidaria, de perfeccionamiento individual y mejora colectiva; es el exponente de la conciencia humanista y social más incuestionable” (*Pensamientos*, 277). El trabajo transforma al realidad social. Lo estima como gracia, como don de Dios concedido al ser humano.

El trabajo es el atributo que otorga al hombre el máximo honor de ser cooperador de Dios en la transformación y fecundación de la naturaleza y consiguiente promoción del bienestar humano. El que el hombre ejercite su facultad de trabajo en unión con sus semejantes y en régimen de noble cooperación y solidaridad le reviste no sólo de nobleza, sino también de fecundidad óptima para hacer de cada rincón de la tierra una mansión grata y prometedor para todos. A eso vienen las comunidades de trabajo y ellas están destinadas a hacer progresar a nuestros pueblos (*Pensamientos*, 276).

En tercer lugar, hemos de destacar en su antropología la idea del **ser humano como transformador**. “El mundo no se nos ha dado simplemente para contemplarlo sino para transformarlo” (*Pensamientos*, 044). Lejos de alejarle de la realidad esta voluntad transformadora le compromete con ella. Así tiene claro que, si por un lado la economía debe regirse por el servicio a la sociedad, por otra parte, no se puede hablar de transformación social eludiendo la dimensión económica: “lo social debe acreditarse por lo económico no menos que lo económico debe autenticarse por lo social” (*Pensamientos*, 008). Para Arizmendiarieta el desarrollo económico constituye un deber moral: “el desarrollo económico representa un progreso humano y constituye un verdadero deber moral” (*Pensamientos*, 269). A la vez que subraya que el desarrollo no es un fin sino un medio: “no aspiramos al desarrollo económico como fin, sino como medio” (*Pensamientos*, 029). El no confía “en emancipaciones que carezcan de base económica” y si se quiere que “el cooperativismo sea una verdadera liberación del trabajador”, es preciso aceptar “la implicación y responsabilidad económica precisa para que nuestras entidades sean fuertes sobre base propia” (*Pensamientos*, 501). Con este poderoso sentido de la realidad, también va a afirmar, junto a la crítica al capitalismo, la necesidad del capital. “Un cooperativismo sin aptitud estructural para atraer y asimilar los capitales al nivel de las exigencias de la productividad industrial es una solución transitoria, una fórmula caduca” (*Pensamientos*, 486).

3.- Actualidad

Sin duda Arizmendiarieta es hijo de su tiempo, como los dos santos, san Ignacio y san Josemaría, con quienes tenemos hoy el honor de compartir esta reflexión. Arizmendiarieta vive inmerso bajo el paradigma

de una modernidad llena de optimismo antropológico. Hoy, en tiempos de *post*, confiamos menos en las posibilidades de los metarrelatos. Además, en una sociedad de trabajo escaso, del descarte, que dice el papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, estamos obligados a pensar en la posibilidad de realización humana y de la participación social, con una menor centralidad del trabajo asalariado. Por otra parte, la creación necesita no sólo ser exprimida y transformada por el trabajo, sino respetada y cuidada como casa común, como tan bien ha puesto de manifiesto *Laudato Si*.

Sin embargo, su pensamiento, como su obra, tienen una extraordinaria actualidad. Destacaré brevemente tres puntos:

Aún hoy, en 2016, y a pesar de la encíclica *Laborem Exercens* de Juan Pablo II el trabajo, la empresa y la economía ocupan un lugar secundario en la misión de la Iglesia. Es ciertamente pertinente hacer memoria de testimonios de santidad que nos recuerdan que la suerte de los empobrecidos y descartados, no sólo se juega en la acción de caridad y solidaridad, sino también –diría que principalmente- en la creación de riqueza y de empleo, sin duda, mucho mejor repartidos. La profesión y las empresas sí construyen reino de Dios. La vocación cristiana no se decide sólo en labores ministeriales, asistenciales o no lucrativas, sino también en el vasto mundo de la economía, de la ciencia, de la técnica, en definitiva, desarrollando **el trabajo, hasta el más técnico, como vocación de colaboración en la acción creadora de Dios**. Decía Arizmendiarieta: a través del trabajo “Dios hace al hombre socio de su propia empresa, de esa empresa maravillosa que es la creación. El hombre mediante, su actividad, transforma y multiplica las cosas” (*Pensamientos*, 266).

En segundo lugar, **la idea humanista de empresa**. La innovación tecnológica, así como el mayor nivel de formación de los trabajadores, están transformando la empresa. Es más competitiva e innovadora aquella que facilita la implicación y la participación de los trabajadores. Hoy se extiende la idea de la mayor eficacia de los nuevos modelos inclusivo-participativos de empresa. Arizmendiarieta partía, no de una visión funcional y utilitaria, sino sustantiva y transformadora, esto es adecuar la empresa al imperativo de la dignidad humana. Varias citas que reflejan bien este pensamiento: “la empresa es la primera célula económico-social y en ella hemos establecido la relación fundamental entre el trabajo y el capital de forma que la persona, es decir, el capital humano sea no sólo el más importante motor de la economía sino su fin” (*Pensamientos*, 445); “las empresas las hacen los hombres; hombres con capacidad técnica y moral” (*Pensamientos*, 447).

Esta centralidad de la persona en la empresa pudo desarrollarla a través de la fórmula cooperativa: “la cooperativa es una estructura en la que

el trabajo y la persona son la fuente del poder, teniendo el capital un carácter instrumental y subordinado”. Pero entendía que debía alcanzar cualquier tipo de empresa, tuviere la fórmula societaria que fuere. En su cabeza no cabía que la centralidad de la persona fuera un menoscabo para la empresa. La empresa “no puede y debe perder ninguna de las virtualidades de eficiencia por el hecho de que en la misma los valores humanos disfruten de neta prevalencia sobre los recursos puramente económicos o materiales, antes bien debe por ello mismo acentuar su eficiencia y calidad” (*Pensamientos*, 466).

Era bien consciente de que su aspiración transformadora de la empresa no se reducía a cambios cosméticos. Alteraba la dualidad empresario-trabajador, todos eran trabajadores y empresarios. Esto reclama “una profunda revisión de las actuales posiciones mentales y administrativas tanto de los empresarios como de los trabajadores”. Su proyecto cristiano de empresa afectaba a la naturaleza y a la función social de la empresa: el cooperativismo “no persigue cambiar de manos la propiedad o gestión de la empresa, sino su naturaleza y función social” (*Pensamientos*, 452).

Vinculado a esta idea personalista, en términos de vectores de cambio social, hay que mencionar la importancia de la **combinación de la educación con la economía**. Arizmendiarieta decía:

Se ha dicho que el cooperativismo es un movimiento económico que emplea la acción educativa, pudiendo también alterarse la definición afirmando que es un movimiento educativo que utilizó la acción económica (*Pensamientos*, 218)

En este pensamiento fue un adelantado a su tiempo. De un lado, la importancia de la formación en la empresa: “la educación y la formación son mucho más rentables que los saldos de anticipos y retornos”, así que “hay que vigilar no menos que la ejecución de los planes financieros la aplicación de los medios de promoción para que el potencial humano esté aplicado en las mejores condiciones” (*Pensamientos*, 225). De otro lado, la relevancia del pensamiento: “las ideas y la consiguiente mentalidad que promueven no son menos indispensables para la buena marcha de nuestras cooperativas que sus instalaciones y máquinas” (*Pensamientos*, 227).

Estamos en medio de un cambio epocal. La crisis se extiende a todos los órdenes. Necesitamos, más que fórmulas, referentes y horizontes. En Arizmendiarieta Kristau Fundazioa, recién constituida, estamos trabajando en el desarrollo del concepto Economía de Cooperación. La visión de Arizmendiarieta no se agotaba en el surgimiento y extensión de cooperativas. Concebía la cooperación como una auténtica integración del

hombre en el proceso económico y social, que configure un nuevo orden social: “los cooperativistas deben concurrir hacia ese objetivo final a una con todos los que tienen hambre y sed de justicia en el mundo del trabajo” (*Pensamientos*, 432). Concebía las cooperativas como promotoras del nuevo orden social cristiano: “las entidades cooperativas tienen que ser elementos de progreso, de desarrollo, de promoción de un nuevo orden social” (*Pensamientos*, 444). La finalidad del ser humano era hacer un mundo nuevo conforme a Dios: tiene que “hacer un mundo nuevo, que en primera instancia tiene que ser humano, para que siendo a la medida del hombre, lo sea del agrado de Dios, que ha sido quien ha hecho al hombre rey de la creación” (435). Un “nuevo orden social” (*Pensamientos*, 432).

El objetivo de Arizmendiarieta no era quedarse en la construcción de un grupo empresarial por admirable que pueda ser. Su horizonte tenía mayor ambición, construir, decía, un “régimen cooperativista” a escala mundial: “El movimiento cooperativista está alimentado por un espíritu de solidaridad abierta. Su meta está lejos y en lo alto: construir un régimen cooperativista, solidario a escala mundial” (*Pensamientos*, 434). En este sentido, creemos que el proyecto de Arizmendiarieta necesita recobrar ambición transformadora.

Su memoria, como la que compartimos con la de estos santos de categoría, sea un estímulo para ello en estos tiempos de incertidumbre.